

Pero retomemos: el entorno del aula se modifica, no sólo a nivel presencial, sino también en el nivel virtual y a distancia, donde las competencias del docente necesariamente deben ser otras. Sin embargo lo que vemos es que las prácticas presenciales se llevan a dichos ambientes sin mayor éxito, idéntica situación a la que vivieron los periódicos que migraron a la red y hacían visible la misma edición impresa sin mayores valores agregados. Lo anterior puede dar un parte de esperanza, significando esto que los docentes y las instituciones comprenderán en algún momento que es preciso diseñar contenidos, medios de práctica, recursos de aprendizaje ajustados a las necesidades de quien está al otro lado de la pantalla. Llegará el momento en que los contenidos no sean producto del reciclaje de ideas sino que sean creaciones propias derivadas de la investigación.

Aprendices y su uso de la tecnología

En este punto no hay necesidad de referirse como “nativo”, “neonavegante” o “alfabeta digital” a aquel que nació con las tecnologías a su disposición. Simplemente se trata del sujeto sobre el que recaen las acciones de aprendizaje y educación: en últimas para quien se diseñan estrategias, planes, syllabus, pensum, entre otras denominaciones.

Al respecto surgen varias reflexiones finales:

1. **Es importante que la academia asuma una posición orientadora y no de veto a las nuevas tecnologías de información y comunicación entre el estudiantado.** Las tecnologías no son la panacea, pero tampoco deben convertirse en el fin último de todas las acciones pedagógicas. No se deben prohibir los dispositivos tecnológicos porque fomentan dispersión en el aula. Sería altamente creativo e innovador, en cambio, considerar cómo dichos aparatos pueden contribuir a una clase entretenida, motivadora y que además resulte didáctica. ¿Quién ha dicho que los mensajes de texto sólo sirven para enviar las respuestas a los exámenes?
2. **El discurso pedagógico debe estar al nivel de los diferentes estadios de formación.** Lo importante aquí es brindar contexto, elemento fundamental en estos momentos en que los docentes están migrando o ya están insertos en el mundo de educación y tecnología. No es lo mismo diseñar contenidos para niños entre los 0 a 5 años de edad que para quienes ingresan a primer año de universidad. Puede que resulte una verdad obvia, pero no basta asumir que los estudiantes, por el hecho de ser “nativos”, ya tienen todas las respuestas.
3. **Importancia del contenido.** Decíamos algunos párrafos atrás que el contenido debe estar respaldado también por la originalidad en su producción. Es decir, que ojalá sea el resultado de la investigación de los docentes. Aquí es importante que las instituciones educativas asuman que los profesores de tiempo completo no son superhéroes capaces de preparar y dictar clases, además de evaluar resultados, hacer extensión, asistir a tutorías, ser jurados de tesis y además investigar. El poder de las tecnologías está en cómo se puede potenciar el contenido de calidad.
4. **Capaces, capacitados y capacitadores.** Esta es la época de las evidencias, de las huellas digitales, de compartir el conocimiento. No basta ser capaz de dictar una clase, no basta tampoco ser capacitado en medios de creación para ambientes de aprendizaje. El reto está en convertirnos en creadores de verdadero conocimiento, valiéndonos eso sí de las tecnologías.

Los bytes siguen creciendo, ¿cuántos de ellos son suyos?

El maestro en el contexto de la cultura digital

Por: Andrés Fonseca

Lo reconocemos: somos maestros sobrevivientes de un siglo que aún está por pensar, profanar y remezclar. Abiertos al juego con nuestros cuerpos, con nuestros contextos y realidades más cercanas... Abiertos a reírnos y a disfrutar pequeños instantes con otros diferentes, nos aguarda un tiempo y un espacio para encontrarnos y narrar nuestras peripecias por el mundo. Cada vez experimentamos nuestras relaciones de formas más osadas y decididas, buscando remezclar los trayectos personales, los descubrimientos que dan forma a nuestra sensibilidad e intentando convertir nuestros deseos y los de nuestros estudiantes en material vivo para gozosos aprendizajes. Cada día percibimos con mayor nitidez y alegría esa figura que nos comparte el pensador Jacques Rancière, El maestro ignorante: aquel que enseña lo que no sabe, que da ritmo a las multiplicidades y a las voluntades, aquel maestro que sin temor a lo desconocido discurre por la historia y por la memoria íntima mostrando estrellas; aquel que se desliza placenteramente compartiendo formas de vida múltiples y gestando posibilidades colectivas.

Como maestros, nos seguimos preguntando por el territorio singular que ocupamos en el mundo, por la relación que establecemos con nuestras reservas efervescentes de humanidad. Como seres humanos, nos interrogamos por nuestras potencias, nuestros tatuajes y heridas; desde otra perspectiva, como seres en la historia, somos acaso arqueólogos de futuros abiertos, de presentes potenciales, ya que por un lado ponemos en tela de juicio cierta herencia perniciosa que a veces nos reduce a la mínima expresión, y por el otro reconocemos con coraje la memoria olvidada de la rebeldía, esa historia contracultural de los pequeños acontecimientos que, incluso sin tener lugar, son como constelaciones aún por descubrir y repensar en los espacios de formación.

Como seres condicionados por los objetos y las técnicas, nos interrogamos por sus posibilidades educativas, por sus agenciamientos y —lo decimos sin reservas— por sus posibles producciones creativas; como hijos de la sociedad del espectáculo y de la estética pop, nos preguntamos por la cultura popular, por las epistemes de borde, por todos aquellos saberes relegados por las instituciones educativas y en general por el enciclopedismo académico que, hoy como nunca, empiezan a mostrarnos su pertinencia pedagógica. Como maestros, aún sigue viva nuestra interrogación por el mundo que estamos creando, por las nuevas formas de riqueza y de propagación de gérmenes de diversidad bio-cultural; al igual, una cuestión que nos interpela radicalmente como maestros, en tiempos anfibios, alude a las formas como estamos dando bienvenida y saludo de acogida a los recién nacidos, a los niños y niñas y a las generaciones más jóvenes.

Son muchos los interrogantes que acosan la presencia del maestro, su lugar de actuación política y ciudadana; son múltiples las formas de participar en la suerte del mundo que, así como está constelada de intensas problemáticas sociales y existenciales de diversa índole, muestra opciones de resistencias creativas y colectivas que se pueden



ejercer dentro y fuera del aula. Ahora el maestro se ve abocado a pensar las dinámicas y los contextos sociales de la “educación expandida” que, retomando la consigna del último Festival Zemos 98 en Sevilla, puede suceder en cualquier momento y en cualquier lugar. Ahora el maestro, privado de la cátedra y de su autoridad, ha de optar por rastrear en los escenarios ciudadanos y en la creatividad social la fuerza política de los espacios públicos y las potencialidades de los entornos digitales. Privado de su jerarquía y de su aura omnisapiente, ha de decidir ser un tejedor de sueños que se despliegan en entornos distintos a las aulas decimonónicas. Suspendido en su “alta cultura”, el maestro ha de optar por componer relatos colectivos, biografías menores, narraciones íntimas que muestren la vitalidad de la imaginación y su arte de la mediación. Cansado de enseñar contenidos cerrados y fórmulas que postergan el presente más vivo de las subjetividades, construye escenarios sociales de innovación, ecologías culturales donde se da lugar a acontecimientos de vida y donde se integran diversas disciplinas, sujetos, deseos, problemáticas y comunidades.

Su disposición-exposición está abocada a abrir las potencialidades de lo real, a generar movimientos, gestos y acciones que distribuyan percepciones y enriquezcan tanto el espacio de las experiencias como el horizonte de las expectativas. El maestro, de cara a estos contextos anfibios —es decir, aquellos donde se hacen cada vez más indistintas las distancias entre lo real y lo virtual, entre el cuerpo y la mente, entre la razón y la emoción—, produce estrategias que movilizan el aprender haciendo, la producción de rutas metodológicas, de prototipos y diseños, el hazlo conmigo; fomenta el aprendizaje colaborativo, la inteligencia colectiva y da lugar a aprendizajes en redes sociales. El maestro se ve conminado a anteponer a su utillaje disciplinario, a la monotonía de las tareas y obligaciones sin horizonte vital, la generación de procesos transversales donde la construcción de proyectos innovadores sean una excelente provocación y oportunidad para entrelazar los intereses vitales de los estudiantes con problemáticas locales, comunitarias y globales. Es así entonces como

el maestro y los estudiantes, en este contexto abierto a los aprendizajes, se turnan los lugares, hacen “enroque”, como se dice popularmente en ajedrez; es decir, los estudiantes se hacen maestros y los maestros estudiantes. Todo esto se logra a lo mejor si se remezclan sus afectos e intereses y, mediante sus proyectos por pequeñas células de trabajo, crean interfaces para dialogar con sus realidades más sentidas y cercanas.

Otro desafío, que se le impone al maestro en un escenario donde los usos culturales y en red promovidos por los medios digitales cada vez son más convergentes, reside en observar y aprender de los comportamientos y usos extraescolares que hacen los niños y niñas de las tecnologías, dado que recientes investigaciones han señalado que allí se desprenden nuevas formas de sociabilidad, de aprendizajes entre pares, de juegos de roles, de construcción de la identidad, de articulación de intereses afines y, algo sumamente importante, una más estrecha relación con lenguajes audiovisuales que la escuela no ha asumido resuelta y decididamente dentro de sus políticas educativas y curriculares. Es por esto que decimos que el maestro y los estudiantes en esta mutación tecnocultural, acelerada por los medios digitales, devienen

El maestro, en el contexto de la cultura digital y de las emergentes ciberculturas, se dispone junto con los estudiantes a la co-creación de proyectos críticos y creativos, emprendimientos ciudadanos que viabilizan nuevos conocimientos y sensibilidades, nuevas formas de ser y de compartir mundos.

artistas: sus saberes dialogan con la cultura local, sus enseñanzas se convierten en acto de creación colectiva y el aula se torna carnaval, algo así como un inmenso hipertexto afectivo.

Para terminar, si dejamos la exposición de todos estos interrogantes sobre el maestro en el ámbito de la cultura digital a los tecnólogos e ingenieros, a los políticos, administradores públicos y empresarios, poco o nada estaremos contribuyendo a los horizontes educativos que nos proponen estos tiempos de compartir libremente la cultura, de intercambiar excepcionalidades subjetivas y locales, de remezclar los intereses, de politizar los malestares, de crear redes sociales y exponer nuestras experiencias por el mundo. No obstante, intuimos que si asumimos estos desafíos colectivamente como parte de nuestra dieta, de nuestro quehacer cotidiano; si los repensamos en claves políticas y ciberciudadanas como una urgencia y acto de supervivencia, como acto de coraje y de posibilidad a nuevas tareas contemporáneas frente a los espacios de formación, tendremos por un lado que realizar tres movimientos. El primero alude a problematizar esa posición que aún se mantiene dentro de las escuelas de mantener una actitud nostálgica y pesimista frente al mundo tecnocientífico. Esto lo lograríamos quizá con un poco de formación histórica y social del universo tecnológico y al concebir más integralmente las tecnologías como formas de vida integradas a espacios culturales. El segundo consiste en reconocer las potencialidades educativas y estéticas que se están abriendo a través del uso de los medios digitales, hoy más que nunca expandidos con la apropiación social de la web 2.0 y las redes sociales como Facebook, una de las más potentes, que suma ya aproximadamente los 260 millones de usuarios. Esto avanzaría si se incluyera el aprendizaje en red, el trabajo interdisciplinario, empleando aquellas plataformas donde se comparten objetos culturales, fotografías (Flickr), músicas (Soundcloud), videos (Youtube), textos (blogs).

El último gesto, en nuestro pensar, reside en las metodologías. Esto implica acercar la educación al pensamiento de diseño, para así estimular la creatividad social, enfrentando los estudiantes al terreno de la producción y postproducción. También insertar estrategias audiovisuales y performativas para narrar y crear colectivamente la identidad; acoger modalidades más abiertas de comunicación dentro de los espacios de formación y aprender a construir el mundo a partir de su lectura, su recorrido y su experimentación. Hoy no basta sólo con enseñar o conocer la realidad: nuestra opción como maestros es invitar con alegría a descubrir mundos y poner música y fiesta donde hay tanta desesperanza y tristeza.